

RESEÑAS DE LIBROS / REVIEWS

LANGEWIESCHE, Dieter, *La época del Estado-Nación en Europa*, Valencia, PUV, 2012, 183 pp. Edición a cargo de Jesús Millán y María Cruz Romeo.

El profesor alemán de origen austriaco Dieter Langewiesche, autor de una densa y dilatada obra historiográfica que le ha merecido importantes reconocimientos en su país, pero insuficientemente conocida en el nuestro, es el autor de este interesante libro, editado por Jesús Millán García-Varela (que ha vertido también el texto al castellano de una manera muy escrupulosa), y María Cruz Romeo Mateo, quienes ya habían asumido esa misma tarea en la publicación de otra obra coordinada por Langewiesche y Heinz-Gerhard Haupt (*Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los siglos XIX y XX*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010). Su interés por dar a conocer a los lectores españoles la obra del antiguo profesor de Tubinga y exrector de la Universidad de Erfurt se explica seguramente por su identifi-

cación con los enfoques que hace de cuestiones como el desarrollo de la nación o los efectos del liberalismo, que a su juicio, como señalan en la introducción, “pueden ser un estímulo para rescatar otras trayectorias o posibilidades que, tan a menudo, se han dado por inexistentes, en virtud de la inercia de fórmulas estructuralistas o, simplemente, fruto de una cómoda simplificación histórica” (p. 22).

El libro recoge ocho trabajos de Langewiesche, fechados en su mayor parte en la primera década del siglo XXI y que proceden de revistas, o de su libro, publicado en 2008, *Reich, Nation, Föderation. Deutschland und Europa* (Verlag C. H. Beck, Múnich) que, de manera recurrente, vuelven sobre dos temas dominantes, muy entrelazados a su vez en su argumentación, como son el Estado-nación y el liberalismo, si bien tienen cabida asimismo otros sujetos históricos relevantes como la religión, la monarquía o el marxismo. Respecto del primero de los temas, el autor lo aborda en al menos cuatro de los capítulos de esta obra, por ejemplo, desde la perspec-

tiva de los diferentes modelos de Estado-nación en la Europa de los siglos XIX y XX (pp. 25-38), modelos que remiten a la constatación de que el Estado nacional fue una creación europea que, a lo largo del siglo XIX se impuso en todo el mundo, en detrimento de los Estados multinacionales, como la monarquía de los Habsburgo, que con crecientes dificultades lograron sobrevivir hasta la conclusión de la I Guerra Mundial. Lange-wiesche distingue tres modelos de Estados nacionales: el *transformado*, que a través de la violencia y a lo largo de un dilatado periodo de tiempo, incorporó otros centros competidores de poder político (sería el caso de Francia, pero también de Suecia, de Gran Bretaña o de España); el *unificado* y el *secesionista* que remiten a procesos más recientes, desde el siglo XIX en adelante y que condujeron, en el primer caso, a la unión de Estados que se consideraban como integrantes de una misma nación o, por el contrario, a la fragmentación de otros constituidos por diversas naciones.

Una temática que aborda desde otra perspectiva, más conectada con los problemas actuales de diseño de la construcción europea, como es la de la estructura interna del Estado-nación, ya sea como una estructura centralista, que exigía la homogeneización lingüística o cultural, o federal, donde distingue dos modelos, el fracasado de la ya mencionada monarquía de los Habsburgo (lo que no

quita para que revistan gran interés propuestas de reforma como las que formularon los austromarxistas de “Estado federal de nacionalidades”), o el más exitoso del Estado-nación federal, representado por Suiza o Alemania, inspirado en la idea de la *nación federal* y que se habría concretado en un Estado nacional organizado internamente de un modo completamente federal, un modelo que lleva al autor a trasladar sus reflexiones a la construcción europea, que a su juicio puede lograr torcer la tradición histórica –que está en el origen de los modernos Estados nacionales–, de una concentración de poder siempre en aumento, en lugar de su reparto federal con otros Estados.

El concepto, tan popularizado en la historiografía de la “Invención de la nación”, en gran medida originado en el libro *Imagined communities*, de Benedict Anderson, le da pie a Lange-wiesche a emprender una muy instructiva reflexión (pp. 39-58), en torno a la deriva deconstructiva, o reductivamente cultural que ha puesto en marcha y que, llevada al extremo, conduciría a disolver la historia en una multitud de historias, en lugar de propiciar la “unidad de lo diferente”. El autor, sin embargo, no cuestiona en principio la validez de la tesis de Anderson, el enfoque de la nación o del Estado-nación como productos culturales que, en definitiva, denotan que se trata de creaciones históricas, con un principio y, posiblemente tam-

bién, con un final; todo lo cual no constituye en sí mismo una novedad, pues se sabía hace mucho tiempo. Pero se preocupa de subrayar, tomando como referencia a Ernest Renan y Elías Canetti que la nación es, efectivamente, una construcción sociocultural, pero dentro del edificio obligado de la historia. La referencia a estos dos autores no es inocua ya que ambos, si bien ponen en el centro de sus reflexiones lo construido, lo imaginado de la nación, consideran que eso va unido a unos supuestos, de carácter histórico, que no están al arbitrio de quienes definen la nación. Ocupándose por ejemplo de Renan, recuerda que este autor, al mismo tiempo que define a la nación con la conocida fórmula de un “plebiscito diario que se repite todos los días”, también afirma que toda nación vive del “patrimonio común de una rica herencia de recuerdos”, del deseo de aceptar esa herencia y de continuar viviendo juntos. Lo que Langewiesche interpreta como que el sí a la nación lo enuncia cada individuo a partir de una tradición que Renan construye como un edificio histórico que no se puede abandonar fácilmente y sólo difícilmente puede cambiarse. Como pondría de manifiesto el caso de Alemania a partir de 1871, y donde, pese a que el nuevo Reich se fundó contra la tradición del antiguo, inventar la nación habría significado en realidad que “la historia se viste de nuevo, pero a partir del ropero de Estado”.

Partiendo en este caso de las aportaciones de autores especialmente influyentes sobre las naciones y el nacionalismo, como el ya citado Anderson, Ernest Gellner o Anthony Smith, que propician comparaciones generalizadoras sobre estos fenómenos, el autor se pregunta (pp. 59-74), por qué la idea de nación ha podido, desde el siglo XIX lograr un carácter tan vinculante y qué ventajas y realizaciones promete, unas preguntas que se propone responder recurriendo al concepto de *comunidad de recursos* que se traduciría en que la nación promete siempre, a quien es reconocido como parte de ella, unas oportunidades de participación justas en lo que es producido colectivamente, ya sea en el plano político, social, económico o cultural, y aquí despliega Langewiesche los diferentes rostros de la nación, algunos amables, otros bastante menos, en tanto que comunidad de defensa y comunidad de poder; comunidad jurídica y política; comunidad de cultura, solidaridad y entorno; comunidad para la competencia y la productividad o, en fin, comunidad de sufrimiento o de sacrificio, que estaría ligada históricamente a la experiencia de que el surgimiento de todas las naciones se ha basado en la guerra, una tesis central en este libro que guarda una gran relación con otro de sus capítulos, el titulado “El nacionalismo como deber de intolerancia” (pp. 101-117). Este despliegue sucesivo, que no deja de responder a lo

que Canetti define como el principal rasgo del siglo XX, de la época de las masas, que consistiría en el “furor por aumentar”, le conduce a reflexionar sobre la novedad que supone la Unión Europea en tanto que corte importante dentro del laboratorio nacional de Europa, con su faceta de *comunidad de lucha* que han exhibido históricamente los Estados-nación en el continente.

Nación y religión en Europa constituye otro de los capítulos de este libro (pp. 75-100) en el que se aborda, teniendo bastante en cuenta datos y problemas que se plantean en la Unión Europea, así en su no culminado proceso constituyente, la complejidad de las relaciones entre ambos conceptos (de cercanía, de subordinación, de conflicto, si bien, como norma general, no se dio una relación de hostilidad entre ambos), como trata de explicar el autor por medio del estudio del nacionalismo en los *pueblos escogidos* o de las *naciones sagradas* (expresiones que toma de Conor C. O'Brien), de la peculiar relación entre judaísmo y nación, debido a la existencia transnacional de la comunidad judía, o del Islam y nación en Europa. Una complejidad que en buena medida proviene de la reclamación, por parte de ambos, de hacerse competentes para determinar los valores últimos de los individuos y que, a su juicio, solo puede analizarse adecuadamente historicando dichas relaciones ya que, pese a que a los

nacionalistas o a los creyentes en una religión puedan parecerles dimensiones supratemporales, ambas nociones se desarrollaron como fenómenos históricos. Concluye, de todos modos, tomando como ejemplo el caso de la nación británica, configurada en muy estrecha relación con el protestantismo, que la mejor manera de captar las relaciones entre nación y religión es cuando se observan sus combinaciones en campos de actuación concretos.

La monarquía en el siglo de la nación burguesa, esto es, en el siglo XIX (pp. 121-132) es otro de los temas abordados por el autor. Un texto en el que se advierte muy bien su voluntad de rescatar otras trayectorias o posibilidades históricas sepultadas por la tendencia a la simplificación o por el éxito de determinadas fórmulas, como la del estado-nación centralizado (de nuevo el caso de Alemania a partir de 1871 le parece paradigmático en ese sentido, ya que el Reich se organizó internamente en un sentido federal y los antiguos príncipes territoriales sobrevivieron hasta la derrota en la I Guerra Mundial). En todo caso, el autor llama la atención sobre la paradoja que ofrece la historia del siglo XIX en Europa, consistente en que la monarquía, el principal símbolo de la tradición, del antiguo régimen, no solo lograra sobrevivir a la oleada revolucionaria iniciada en Francia en 1789, sino que se convirtió en la institución dominante en todo el continente, con las únicas excepciones de

Suiza y de Francia. De modo que el siglo burgués, el siglo de la nación y del Estado nacional, fue también el siglo de la monarquía. En dicha supervivencia influyó mucho su capacidad de adaptación, de entrar en simbiosis con la nación de ciudadanos –aceptando la tendencia al fortalecimiento del Parlamento–, y con la cultura de progreso prevaleciente en aquella centuria. Dicha simbiosis tuvo su punto más candente en el ámbito bélico, y esto explica que la milicia siguiera siendo el dominio privilegiado de la realeza. Pero, más en el fondo de las cosas, la capacidad de pervivencia de la institución se explicaría por su capacidad para salvar el corte producido por la Revolución, erigiéndose en el vínculo más importante entre la vieja y la nueva Europa.

“El liberalismo, hoy, una perspectiva histórica” (pp. 133-159), constituye una de las aportaciones más interesantes del libro y una de las que se pueden extraer enseñanzas más útiles para un replanteamiento del enfoque del primer liberalismo español, muy acorde con los intereses intelectuales de los editores, J. Millán y M^a. C. Romeo. Langewiesche parte de formularles una serie de cuestiones a prominentes pensadores contemporáneos sobre qué cosa sea el liberalismo y qué respuestas ofrece a los retos del presente y, sobre todo, si las visiones liberales del mundo que encierran las experiencias históricas de los dos últimos siglos, siguen teniendo algo

que ofrecer a los ciudadanos. Para ello interroga a cuatro testigos, como son el controvertido Francis Fukuyama, el filósofo norteamericano del derecho, Bruce Ackerman, el estudioso y político germano-británico Ralph Dahrendorf y el filósofo John Rawls, siempre teniendo en cuenta, como se cuida muy bien de puntualizar, que lo que pretende esclarecer son las tareas del liberalismo actual, no de los partidos que se apellidan liberales.

De su examen se desprenden unos análisis y propuestas que tienen poco que ver con lo que convencionalmente se suele presentar como neoliberalismo o con una simbiosis acrítica con la economía del *laissez-faire*. Así, por ejemplo, para Ackerman su ideal liberal, consistente en “una igualdad exenta de dominación”, solo sería posible en una economía que impida los fallos del mercado bajo la forma de extrema desigualdad social y envenenamiento del medio ambiente, gracias al establecimiento de directrices estructurales por parte de un “Estado liberal-activo”. Dahrendorf, por su lado, no propugna la terapia neoliberal que suele dictar el liberalismo de partido, y aún considerando caduco el Estado social, envejecido por la burocracia, plantea más bien la necesidad de transformarlo y en cierto modo, de preservar algunos de sus logros, equilibrando la responsabilidad social y la individual si bien su gran proyecto de futuro sería la *societad civil* en la que se regularían, a

una escala internacional, los derechos sociales sobre los bienes producidos socialmente. Todo ello se liga, en otra parte del capítulo, y siguiendo muy de cerca al sociólogo francés Robert Castel, a las consideraciones que hace Langewiesche sobre la cuestión social en la actualidad y el silencio del liberalismo de partido.

Pero si el trabajo pretendía examinar la vigencia del liberalismo recurriendo a una perspectiva histórica, el autor retrocede a la primera mitad del XIX, cuando dicha ideología devino en sinónimo político del ideal de la sociedad de ciudadanos en cuyo núcleo se situaba la voluntad de preservar la libertad de decidir del individuo, puesto que siempre, para el liberalismo, lo colectivo debe de situarse por detrás del individuo. Es interesante lo que señala acerca de que el liberalismo “no surgió en absoluto como el profeta de la economía de libre de mercado” y del capitalismo industrial ya que la sociedad ideal de los primeros liberales se encaminaba más bien hacia una sociedad de fortunas medias e independientes; o acerca de la asunción de crecientes responsabilidades sociales, en el ámbito local (alemán), por parte del *nuevo liberalismo*, en las últimas décadas del siglo XIX, tratando con ello de adaptar su imagen ideal de la sociedad de ciudadanos a las condiciones de la moderna sociedad industrial (se trataría de una “política social sin Estado”, debido a su carácter estrictamente municipal).

En todo caso esta ligazón entre la experiencia histórica liberal y los planteamientos y respuestas de los eminentes pensadores a los que ha recurrido le llevan a afirmar que el liberalismo, en tanto que norma de actualidad política y como modelo social –y no reduciéndolo, sin más, a democracia política más libertad de mercado–, sigue siendo actual (p. 153).

El capítulo concluye con unas reflexiones muy pertinentes sobre la relación tan estrecha entre liberalismo y nación que propició la visión de una sociedad nacional de ciudadanos, y la perspectiva de una ampliación de los derechos cívicos hacia el terreno de lo social, pero también cómo, en el contexto surgido tras la I Guerra Mundial, el núcleo más profundo del modelo liberal, centrado en el individuo, chocó con la política de hegemonía nacionalista, una contradicción que solo el nuevo modelo organizativo aportado por la Unión Europea parece estar en condiciones de permitir superar.

Si el socialismo y el marxismo, sorprendentemente, están muy ausentes del trabajo anterior –así, por lo que respecta al impulso a las políticas sociales, que parece atribuirse, por lo que respecta a Alemania, casi exclusivamente a los liberales–, esta otra fundamental corriente reaparece en el último texto de la obra (pp. 161-174) poniendo de manifiesto los puntos de confluencia del socialismo con el liberalismo primigenio, su colaboración

en las ciudades en los ámbitos social y cultural, pero también sus divergencias, así, por lo que respecta al culto al individualismo que practicó el primer liberalismo o a la fascinación socialista con el crecimiento industrial, respecto del cual los antiguos liberales no manifestaron un similar entusiasmo. El interés del autor por el marxismo se manifiesta, por otro lado, en la recurrente atención que en otros pasajes del libro presta a los planteamientos nacionales del llamado *automarxismo* (Otto Bauer, Karl Renner), siempre desde la perspectiva de rastrear en el pasado modelos alternativos a la fórmula triunfante del Estado-nación, con sus exigencias de homogeneización cultural y desconsideración de los derechos de las minorías nacionales.

RAFAEL SERRANO GARCÍA
Instituto de Historia Simancas
Universidad de Valladolid

BUTRÓN, Gonzalo; RÚJULA, Pedro (eds.),
Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades,
 Madrid, Sílex Ediciones-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012, 411 pp.

“Los españoles, que se batían mal en el campo abierto, defendían bien sus plazas. Dieron prueba de ello en todos los asedios que sostuvieron”. Esta afirmación del mariscal Soult en sus *Memo-*

rias se convierte en el tema central del libro que aquí se reseña, un volumen que intenta analizar en qué grado la Guerra de la Independencia española fue, ante todo, una guerra defensiva, de resistencia y lucha, fundamentalmente urbana, ante un ejército –la *Grande Armée*– que hasta entonces muchos consideraban invencible.

Esta obra colectiva forma parte de la *Colección Bicentenarios* y, como tal, fue concebida por sus editores académicos con el propósito de presentar de forma monográfica algunos de los últimos avances y horizontes científicos en torno al estudio de la Guerra de la Independencia española, referidos, de forma más específica, a la historia político-cultural y militar. Se trata, pues, de una aportación historiográfica que pretende ser novedosa en su planteamiento y que, en mi opinión, lo consigue, dada la calidad de los dieciocho trabajos que componen el volumen –mérito del amplio conocimiento sobre la materia de todos sus autores– y, sobre todo, de la acertada temática y la coherencia y solidez del conjunto, con unos objetivos y unas conclusiones bien definidos –mérito este atribuible al saber y buen hacer de los coordinadores del libro, pero también a quienes han redactado los textos con rigor y sin perder en ningún momento de vista la frontera temática que los aglutinaba: la resistencia en las ciudades sitiadas por los franceses a lo largo de la Guerra de la Independencia española y la impor-